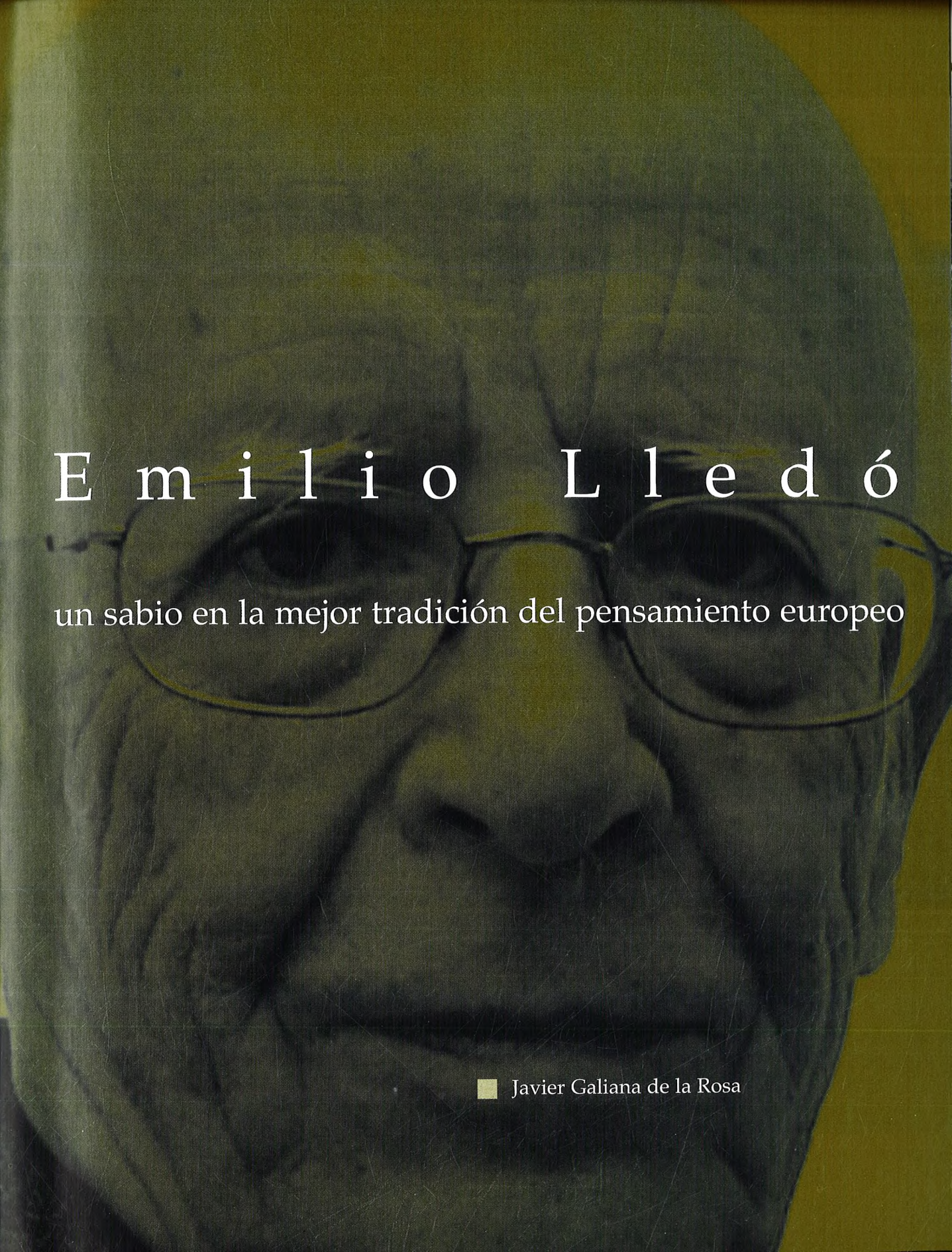


Emilio Lledó

un sabio en la mejor tradición del pensamiento europeo

Javier Galiana de la Rosa

Emilio Lledó en Jerez de la Frontera (octubre, 2007) Fotos: Archivo Fundación Caballero Bonald.

No es muy difícil imaginar a Emilio Lledó (Sevilla, 1927) agazapado tras unos arbustos a las afueras de la antigua Atenas, espiando la conversación que mantienen Sócrates y Fedro de la que nos da cuenta el genio de Platón; o esperando a que pase Manelchen Kant a su hora por la plaza de Königsberg absorto en sus críticas, o aplaudiendo un discurso de Unamuno. Se ha pasado toda la vida abriendo las puertas de los libros, sin temor a la verdad, escudriñando cada rincón del texto con la sana intención de tendernos puentes, puentes que surcan el tiempo de la historia y nos tienden la posibilidad de dialogar con los autores de todas las épocas; y aquí, diálogo no es una metáfora diferente de la que subyace al relato de un tropiezo, a mentar el hambre o al vuelo de un gorrión; se trata, pues, de un diálogo tan real como pueda ser la vida de los hombres.

En sus certeros espionajes, don Emilio, como aún lo llama algún antiguo alumno, nos da noticia de lo que ha sido el pensamiento de nuestra civilización desde los comienzos de la escritura para incitarnos a la reflexión, que es ese paso a seguir una vez establecido el diálogo con el autor. Y que esta reflexión no quede ahí, sino que, al abrigo de la *paideia*, hacernos más humanos en el sentido más bello, justo y verdadero del término. Toda una proeza si hablamos de un hombre que ha trajinado con más de la mitad del turbulento siglo XX con la fe puesta en las palabras y en el pensamiento, a pesar de vivir acontecimientos atroces como puedan ser las guerras en el mundo o la pérdida prematura de un gran amor. Lo cual hace aún más meritorio el carácter de este filósofo octogenario que luce una sonrisa y un optimismo casi pueriles, y unos ojos azules despiertos como los de un adolescente preguntón. Aunque a estas alturas, de Emilio Lledó puede decirse que es una de las personalidades más sabias del panorama intelectual europeo; no en

vano ha recibido el testigo de la filosofía de manos de figuras como Hans Georg Gadamer (1900-2002), lo que lo convierte en heredero directo de la más grande tradición europea del pensamiento.

Filósofo, filólogo, enormísimo lector, traductor de los clásicos griegos, él prefiere que se le llame profesor: profesor de filosofía (aún alardea de sus primeras cátedras de instituto) actividad a la que ha dedicado toda una vida, apostando por el optimismo sin candidez y por la fuerza de lo humano a través de la aventura del pensar. Ha sido capaz de atemporizar a los clásicos descubriéndonos su rabiosísima actualidad [véase su *Elogio de la infelicidad* (cuatro ediciones, Valladolid, 2005) o su logradísimo *Surco del tiempo* (editorial Crítica, 1992) que bien podría ser uno de los mejores elogios de la escritura que se puedan leer], de despertar el valor de la memoria en la era de las prisas, de clarificar a generaciones de estudiantes el pensamiento de los alemanes, todo sin perder en ningún momento las energías del que conserva la esperanza. Don Emilio Lledó continúa enseñando fiel a los más antiguos principios de la humanidad, aquéllos que no debemos perder jamás de vista a pesar de que el mundo nos incline a olvidarlos; los que se pronuncian con esas grandes palabras que son la bondad, la belleza, la justicia y la verdad.

Ahora estamos en el otoño del año 2007 y se celebra el congreso anual de literatura en la Fundación Caballero Bonald; Emilio Lledó es invitado a pronunciar una conferencia en la que embelesa al auditorio por su sencillez y su claridad (que son la cortesía del filósofo, según Ortega y Gasset) a pesar de abordar temas complejos, y por su radiante optimismo. Y aún ofrece una rueda de prensa y un par de entrevistas; no se reprime las ganas de probar el vino ni de seguir conversando a diestro y siniestro sin perder un ápice de su envidiable lucidez. A don Emilio le sobran energías y todavía nos concede esta entrevista en el hotel donde el resto de conferenciantes ya descansa.

–La revista para la que escribo se interesa por la generación del 50…

–A la que yo pertenezco; pero mi pertenencia es por una cuestión de fechas, porque yo estuve exiliado por así decirlo. Yo fui un catedrático de Instituto con lo que aquello significaba en la época, es decir, que cambiaba mucho de destino: Calatayud, Alcalá de Henares, etc. Luego, a mi mujer, que era filóloga, le ofrecieron la oportunidad de ir a Alemania y allí nos fuimos, así que estuve alejado físicamente de los miembros de esta generación, no por cuestiones ideológicas o políticas: mi alejamiento era geográfico. Esto me mantuvo fuera, por suerte, de todas las rencillas del grupo: que si había que hacer poesía social u objetiva o lo que fuera. Yo estuve en otros territorios intelectuales y geográficos.

–Cuéntenos su relación como lector con los poetas del 50.

–Estos poetas son mis amigos del alma, y esto lo digo sin retórica: son mis amigos de mente, con sus libros me hacían pensar, ¡me hacían vivir! Y luego han sido amigos de cuerpo: recuerdo la dedicatoria que me escribió Pepe Valente en el ejemplar de su libro *A modo de esperanza*, esto fue, si no me equivoco, en el año 1955: "al viejo Emilio, viejo en la sabiduría, en la amistad, en los alemanes y en los griegos: salud y esperanza". Esto ocurrió en mi primera vuelta de Alemania, antes de casarme y volver a Heidelberg.

–Fue entonces cuando usted se adentra en la filología clásica ¿no?

–Exacto. Yo había estudiado filosofía, pero aquello me parecía un terreno muy vago. Yo quería una herramienta concreta; ya leía griego, pero quería formarme bien. Saber lo que dice un verso de Homero o un coro de Sófocles es toda una ciencia. Quería agarrar la verdad filosófica muy fuertemente…

–¿Eso significa que a los lectores de a pié se nos está negada esa verdad? ¿A quién leo en la edición del Fedro *de la editorial Gredos, a Platón o a Emilio Lledó?*

–El griego de Platón, o de los clásicos en general tiene tal fuerza que al pasar la mano por sus textos da una sensación rugosa, y es cierto que una traducción, por buena que sea, tiene una superficie lisa. El original es un texto que arde, que tiene grumos, como le ocurre al alemán de Nietzsche: una prosa precisa y potente que debe mucho a su enorme formación clásica, y esto no es ninguna casualidad, pues en el conocimiento de los textos originales es donde se aprehende la verdad. Así, es cierto que para dialogar con los textos (porque se trata de dialogar con éllos y no de otra cosa) necesitamos la lengua, pero los textos también tienen su música. En todo caso se trata de que la traducción no falsifique el pensamiento; pero yo hablaba de la categoría literaria de Platón en sus diálogos. Con Aristóteles no ocurre lo mismo porque hemos perdido sus diálogos y los mal llamados "tratados" no eran más que apuntes para apoyar lo que se iba a hablar; sin embargo tiene una profundidad en su pensamiento que también se filtra en el texto. Pero en este caso damos con una prosa quebrada: son las *pragmateia*, esbozos de su pensamiento que suponemos se desarrollaban en el Liceo con los alumnos. Estamos en la frontera de la oralidad porque en esos tiempos casi no se escribía; la gran obra, aparte de los pocos textos presocráticos, es la de Platón, que escribe diálogos, lo cual es un poco contradictorio pues el diálogo se hace hablando, como aquello del caminante machadiano.

un sabio en la mejor tradición del pensamiento europeo

–Pero lo que nos llega a nosotros podría haber sido manipulado en los monasterios medievales, por ejemplo.

–Puede ser, pero hoy en día existen ediciones críticas maravillosas que son muy fiables. La ciencia filológica ha llegado a una precisión extraordinaria: el siglo XIX con los alemanes y los ingleses, y el XX con los filólogos franceses. El problema está en la pérdida de textos como los diálogos de Aristóteles, del que sabemos que escribió algunos pero no se han conservado, ahí sí que estamos perdiendo una información muy valiosa. En cuanto a la fidelidad de los textos críticos actuales con el pensamiento de sus autores, creo que no debemos dudar de siglos de dedicación por parte de muchas de las mentes más privilegiadas del pensamiento europeo.

–Usted siempre se remite a Platón, a Aristóteles, a los clásicos en general. En sus libros encontramos una suerte de actualización de estos autores, pues sus pensamientos los aplica a situaciones de hoy en día. ¿Tan poco hemos cambiado en más de veinte siglos de andadura intelectual?

–Yo no creo que se trate de una deformación profesional, los textos están ahí. Yo me siento muy próximo a ellos por el idioma, así como me siento afín a Kant por el alemán. Para mí los autores clásicos son una posibilidad de constante diálogo. Está muy feo eso de la lengua muerta cuando en realidad son textos tan frescos. Y esa frescura no es una deformación profesional mía, sino la frescura de un pensamiento con el que se puede dialogar, que te enriquece la mente, que te hace el alma navegable, como decía Alberti en el "ángel bueno": "crear una ribera dulce en mi pecho y hacerme el alma navegable"; luego uno se encuentra con autores mucho más modernos que se atascan, y sin embargo con los clásicos nunca cesa el fluir.

–¿Y esa aplicación a las situaciones sociales e intelectuales de hoy?

–No es una coletilla que busco para mis libros, sino que es algo que sale del propio texto. Platón o Aristóteles son autores modernos, tienen que ver con mi presente. Y esta actualidad brota de su pensamiento porque éste se sitúa por encima de todas las interpretaciones, por eso son clásicos: sus palabras, sus pensamientos van siempre por dentro de la superficie de la interpretación, manteniéndose en el fondo de nuestra historia.

–Sin embargo es en la interpretación donde los conocemos, usted pertenece, por así decirlo, a la tradición hermenéutica.

–Sí, la hermenéutica ha sido mi gran herramienta. Me la enseñó a usar el propio Gadamer, de quien fui alumno; y sí, es cierto: estamos continuamente interpretando, re-leyendo y re-mirando y de alguna forma y por lo mismo, re-creando los textos, y de ahí el pensamiento; es el círculo hermenéutico que nos hace ser un poco el autor y hace que el autor sea un poco nosotros. Lo que ocurre con los clásicos griegos es que miraban y tocaban la vida directamente, sin pre-interpretaciones, ya que fueron ellos los primeros en pensar y en ponerle palabras a esos pensamientos. Por eso se mantienen en una especie de eternidad, porque miraban con ojos limpios problemas que persisten. ¿Cómo es posible que después de tantos siglos de belleza y de pensar en la ética persistan la violencia, la crueldad, lo perverso, el tormento o el fanatismo? Esto te hunde, pero hay que buscar una espita, una vela; hay que creer con Aristóteles que la vida es energía, hay que amar la vida, la nuestra y la de todos; como decía Kant al final de uno de sus libros: "hay dos cosas que me emocionan: el cielo estrellado sobre mi cabeza y la moral dentro de mí".

En esos mitos que suenan a música celestial, en las riberas de la bondad, la justicia, la verdad y la belleza podemos cuajar los problemas concretos de cada instante. Y esto es lo que alienta la vida y nos brinda la posibilidad, que es la manifestación de la libertad. El mundo es, aunque a veces no lo parezca, un mundo de posibilidad, de apertura. Y esto se manifiesta a través del lenguaje y de la educación. Y esto es lo humano, el mundo humano; y hay que luchar por esto incesantemente. Y para ello hay que empezar por democratizar al pobre cuerpo que padece privaciones como el hambre o la sed. Un miserable no puede crear, y es en la creación, en la *poiesis*, donde nos hacemos seres humanos. La tarea del político es la de facilitar esa justicia, esa posibilidad, esa libertad; y esto ha de hacerse por medio de la enseñanza. Enseñanza en la apertura, una educación que sea estimulante, en la que esté presente el amor y en la que el lenguaje no sea un impedimento, que no sea un lenguaje estancado, sino todo lo contrario.

–Para eso quizás nos ayuden los propios filósofos. De hecho se dice que del siglo XIX a nuestros días se ha pasado de una conciencia histórica a una conciencia lingüística, y esto nos puede ayudar a superar las limitaciones que pudiéramos tener en nuestro propio lenguaje ¿no?

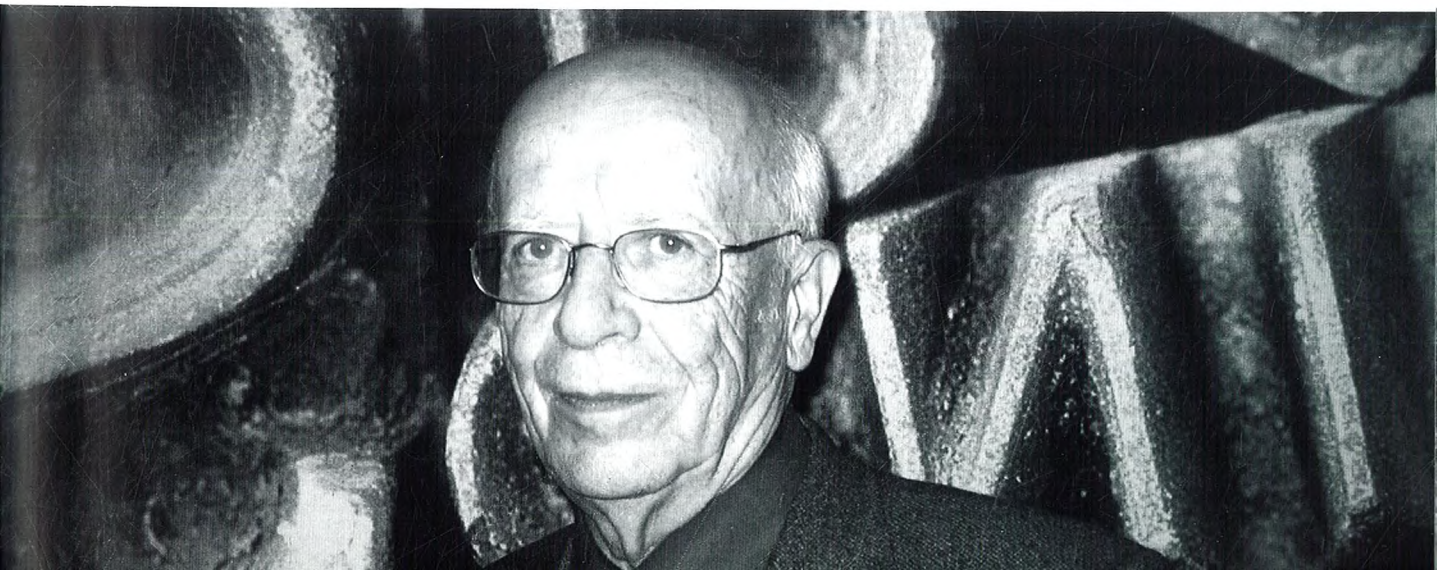
–Es cierto que la lingüística hace una maravillosa aportación a la filosofía. Pero en el *Cratilo* de Platón ya está más que presente esa conciencia de lenguaje. Ocurre que parece que hubo un enorme silencio al respecto desde los griegos hasta los comienzos de la tradición hermenéutica que podría comenzar con Guillermo Humboldt.

–¿Usted se siente como parte o continuador de esa tradición, si así puede llamarse a esa corriente?

–Bueno, en cierta manera heredo esa línea de pensamiento de Gadamer, que es quien teoriza y engloba en un sistema completo las ideas que nacen con Schleiermacher y Humboldt. Muchos de mis libros hacen hincapié en la interpretación de textos desde este punto de vista, pero quizá tengan una orientación más pedagógica.

–De hecho insiste usted mucho en la idea de Paideia, *de la educación, en casi todos sus escritos.*

–Claro, aunque suene ingenuo, pero hay que insistir, naturalmente. Por muchos "guantánamos" que se nos presenten no podemos abandonar la idea de la justicia o la belleza, que es lo que nos caracteriza como seres humanos, y esto se hace, como he dicho, a través del lenguaje. ¿Cómo ser bueno en un mundo malo? Pues de eso se trata, y no hemos de abandonar nunca esa idea pues de lo contrario vendrá el imperio de la metralleta. Ya hay mucha hipocresía en jugar a cuatro ideales viendo como vemos que la codicia y la pistola imperan en el mundo, pero hay que luchar. Las pocas cosas grandes se han hecho con este punto de utopía. Y el



lenguaje es determinante para tener conciencia de nuestras posibilidades, que van mucho más allá de esa aberración que supone el hablar de pensamiento débil o de la globalización y el pensamiento uniforme. Esa uniformidad es la muerte de lo humano, cada hombre, cada mujer, ha de ser libre para conformar lo que me gusta llamar su lengua matriz: ese acento, esa manera de conducir el lenguaje y el pensamiento que son particulares de cada ser humano y que nos abre al diálogo con los otros. Y, a pesar de todo, en este mundo de muerte y de mentira, hoy por hoy no hay razones plausibles para abandonar esa lucha por los ideales, además, la opción contraria es volver a la caverna y dejar que impere la muerte.

–¿Diría que existen otros lenguajes además del escrito o el hablado? La música, por ejemplo, ¿usted diría que es un lenguaje?

–Ahora no recuerdo bien si fue en el centenario o en el noventa cumpleaños de Gadamer, que hubo una celebración con discursos de personalidades de la política y del pensamiento; allí escuché un violonchelo que me pareció mucho más sobrecogedor que muchas de las palabras que se dijeron. Tocaba este señor una de las *suites* de Bach, y esta música me llevaba a un mundo que parecía irreal, un lugar donde sólo importaba la belleza. En fin, sé que me estoy poniendo un poco cursi, pero es que se me saltaron las lágrimas al oír aquella música, entonces, ¿cómo no va a ser un lenguaje si me hace llorar?

–Muchos poetas hablan de su necesidad de escribir. ¿Usted siente ese prurito?

–Yo no me considero un escritor, soy un profesor que ha escrito libros. Y digo esto con tristeza porque me considero un buen lector y admiro a los que son capaces de buena literatura. Pero yo me he dedicado a enseñar filosofía y he de decir que lo paso en grande haciendo lo que hago.

–En ese sentido, en el de la filosofía: ¿cómo encuentra la situación en España hoy en día?

–Pues aunque falten grandes figuras hay que decir que hoy se trabaja más y mejor que los años treinta. Profesores como Antonio Beltrán, Manuel Cruz… bueno, no tenía que haber dado nombres porque me dejo a muchos, pero el caso es que se hacen trabajos de investigación de primerísima calidad; a un nivel que hubiera sido impensable cuando yo empezaba en este país. A pesar de todo, el país ha progresado y hay que decir que la democracia ha sido fecunda. Claro que no tenemos

a figuras como fueron don Miguel de Unamuno o don José Ortega y Gasset, que han sido enormísimas figuras, no sólo de este país, sino de toda la cultura europea, pero aquello era otro mundo y hay que contar con la enorme dificultad que ha tenido la filosofía en España porque casi no ha habido una tradición. Es difícil compaginar una tradición con una inquisición.

–Y al igual que hay una poesía y una narrativa del 50, ¿se podría hablar de una filosofía del 50?

–Yo creo que no. Entre otras cosas por lo que acabo de decir de la ausencia de tradición. Esto es una cosa triste de este país, pero no puede haber tradición de pensamiento fértil donde hay inquisición. De todos modos, en esa época en la que yo empezaba casi no había nadie con cierta entidad, aunque tengo que hacer una excepción en la figura de Julián Marías, que tuve la suerte de tenerlo de profesor y que redactó una historia de la filosofía que goza de mucha actualidad.

–Mirando atrás en su carrera y sus escritos, ¿cómo cree que será recordado o como querría que le recordasen?

–Hombre, improvisar una cosa así me parece muy difícil. Pero hay un poema de Bertold Brecht que dice "Yo he hecho propuestas", y en esto me pongo brechtiano y sí quiero pensar que al menos, he hecho propuestas. Y en este sentido espero que no se olvide mi insistencia en esa fe en la vida, la creencia en lo humano. En esto hay que ser firmes, entregar la antorcha y no dejar que se apague aunque quede poca luz.

Y poco tiempo nos queda ya, quizás lo justo para intercambiar direcciones y teléfonos. Le digo al maestro que, en verdad, podría uno seguir escuchándolo horas hasta confirmar una amistad, pero el tiempo del reloj es implacable. Por suerte están los libros, los suyos y toda la buena literatura, que nos brindan la posibilidad de surcar el tiempo apaciblemente y saltarnos las normas del reloj, como cuando vivimos años enteros en una canción, aunque esto sea ponerse un poco cursi, como nos contaba don Emilio. Y es desde estos raros objetos, los libros, desde los que este profesor ha consignado todo su pensamiento, ese que parte del logos, del lenguaje que nos conforma, de esa casa del ser Heideggeriana, que se hace en cada persona en eso que el maestro llama la lengua matriz y que termina vertiéndose en una creación, en una *poiésis* que, en comunión con los demás, gene-

ra una educación en libertad, un mundo más humano en el verdadero sentido. Y tan claro que lo tiene este señor ¿a qué esperamos para ponerlo en práctica? Y menos mal que existen personalidades como la de Emilio Lledó que, sin perder la conciencia de la memoria, del irremediable pasado que nos conforma, sigue pensando en que el futuro de la humanidad ha de ir a mejor, y en esa esperanza basa gran parte de su fuerza; fuerza que no escatima en transmitir a través de esas palabras, de esas propuestas de continuidad de lo humano. Pero no confundan a este maestro con el *Pangloss* de Voltaire: don Emilio sabe que aún estamos muy lejos de vivir en el mejor de los mundos posibles, pero no va a dejar de luchar por conseguirlo; y no va muy descaminado cuando, tratándose del animal que habla, da a la poesía la responsabilidad de educarnos en libertad, "por el hecho de que el poema es inagotable y se confunde con la suma de las criaturas y no llegará jamás al último verso, y varía según los hombres." Gracias profesor.

Emilio Lledó y Javier Galiana de la Rosa en Jerez de la Frontera (octubre, 2007)